

cantaban á coros, y se correspondian alternativamente con religiosos himnos. Los ecos repetian sus cánticos y alegres gritos; y ya que hubieron cumplido con los ritos y ceremonias, pusieron á la sombra de los bosques, en las islitas, las mesas del festin. En aquella celebridad, entran los hombres en la primitiva igualdad de la naturaleza, porque confundidos los señores con los esclavos comen juntos, y aun los mismos señores sirven á sus esclavos.

Con esta igualdad crece la alegría y la licencia de la fiesta. Duraron las comidas hasta entrada la noche, y se terminaron con bailes, músicas, y otros ejercicios.

Entre aquel tumulto perdí á Faon; pero tuve la dicha de encontrar á Tales de Mileto, que se paseaba con unos sofistas de Gonno y de Homelis. Este filósofo, que fué despues llamado uno de los siete Sabios de la Grecia, volvia de Egipto; yo le habia conocido en Atenas. Despues de las espresiones de gozo y de amistad, nos llevaron los sofistas á una de las gargantas del monte Osa. Allí un torrente espumoso, que va estrepitosamente rodando por entre rocas, las remueve, y aun suele arrollarlas. Sus aguas se chocan, se parten, se levantan y se precipitan, furiosas y mugientes, en un abismo desde el cual con nuevo furor se lanzan á los aires.

Continuámos subiendo, y nos hallámos entre dos montañas negras, desnudas de todo germen de fecundidad, y sin presentar por todas partes otra cosa que profundos abismos. Las nubes vagaban sobre nuestras cabezas, y debajo reposaba el caos. Veíamos montes desplomados, escondidos bajo sus mismos escombros, y unas rocas amontonadas, y otras amenazando aterrizar con su peso enorme á cuanto se las pusiese por delante. Vueltos al valle, supliqué á Tales que nos refiriere algunas particularidades del Egipto. Fuímonos á sentar, lejos del ruido, bajo unos chopos que estaban á la orilla de un hermoso arroyuelo. La luna enviaba por entre los árboles un resplandor dulce y moderado con la sombra de las hojas. Tales se sentó en medio de nosotros, y empezó su narracion del modo siguiente.

---

### CAPITULO XXXV.

*Accion arrojada sobre el Nilo. Del Fenix.*

**V**OY á hablaros de una accion valerosa que se ejecuta en una de las cataratas del Nilo, porque este río tiene muchas, y especialmente dos que caen desde muy alto. « Cerca de la principal, nos dijo Tales, estrecha el

río su madre entre dos montes, se enfurece repentinamente, espuma, y se precipita por entre las rocas con estruendo tan horrisono, que infunde terror á sesenta estadios á la redonda (a). Los naturales del país dan aquí un espectáculo mas horroroso que divertido. Se meten dos en una barquilla, el uno para dirigirla, y el otro para desaguarla. Despues de haber navegado algun tiempo sobre las aguas agitadas, se abandonan al río que los lanza, como una pelota, á lo mas hondo de aquel abismo. Los espectadores asustados los creen ya sumidos en las aguas; pero el Nilo vuelto ya á su curso los empuja ácia la superficie de sus aguas tranquilas, y se les vé continuar su navegacion alegres y risueños.»

Despues se trató del pájaro llamado Fenix, tan poco conocido y tan nombrado en la Grecia. Pregunté á Tales ¿si lo habia visto, y que pensaba de ello? — Oid lo que yo mismo he presenciado miéntras mi residencia en Menfis. Un diputado de la ciudad del Sol fué á anunciar al Rey Amasis la llegada de un nuevo Fenix. — « Han visto, Señor, le dijo el mensagero, encenderse la hoguera, y yo he partido en diligencia para daros esta maravillosa noticia. No se atreven sin vuestro mandato á tocar á sus cenizas preciosas. » —

(a) Cae de doscientos piés de altura.

Amasis mandó que se buscara cuidadosamente por todos los archivos de Egipto cuanto concerniese á aquel pájaro milagroso. Hallóse que habia dejado verse por la primera vez quinientos años ántes, bajo el reinado de Sesostris. — « Cuidado, dijo el Rey al diputado, que no se toque á la ceniza de que debe renacer el Fenix: aguardemos, sin poner mano en él, á que la naturaleza complete su obra. » — Observáronse las órdenes de Amasis, y compareció en el mundo el segundo Fenix. Ahora os haré su retrato.

Nace en la Arabia, y vive de quinientos á seiscientos años. Es de la magnitud de un águila. Tiene adornada la cabeza con un plumage reluciente, las plumas del cuello doradas, las demas purpuradas, la cola blanca y mezclada de encarnado, y los ojos centelleantes como estrellas: cuando ya cargado de años conoce que se le acerca su fin, hace su nido de canela y de goma aromática, se encierra en él, y despues muere. De sus huesos y tuétano nace un gusano que llega á ser otro Fenix. Su primer cuidado es hacer á su padre los honores del sepulcro. Para esto compone una especie de huevo ó de bola con mirra; mide la magnitud y el peso con sus fuerzas para llevarlo, y lo ensaya varias veces; despues lo vacía en parte, y deposita en su hueco el cadáver de su padre,

y cierra cuidadosamente la entrada con mirra y con otros perfumes. Entónces carga con aquel fardo precioso, y va á quemarlo sobre el altar del Sol en la ciudad de Heliopolis. — La descripcion de ese pájaro, dije á Tales, es magnífica; pero ¿me asegurais su existencia? — La naturaleza, me replicó, está para los humanos tan cubierta, y tiene tan impenetrables misterios, que fuera temeridad negarlo todo, y simplicidad todo creerlo.

En la isla de Cos tenemos un gusano precioso, que saca de su cuerpo una materia finísima, la cual hila, y con la cual se hacen ricas estofas. Este gusano semejante al Fenix renace de sí mismo. Luego que ha hilado la seda, hace un capullo en que se sepulta. Rompese el capullo, y sale de él un gusano que se transforma en mariposa, y muere despues de haber cobado sus huevos. Estos son otros tantos gusanos recientes que el calor vivifica, los cuales, asi que se han alimentado algunas semanas de hojas de morera, hilan la seda hasta que han consumido la materia, y despues se encierran en sus envoltorios. Segun mi opinion, no es el Fenix mas maravilloso que estos gusanos. — Heme aquí, le repuse, casi obligada, segun vuestra analogía, á creer en su existencia. — O á lo menos, añadió Tales, á adoptar un escepticismo razonable. Aun estoy persuadido

á que en Egipto dió lugar el ejemplo del Fenix á la ley tan respetable, que manda á los hijos honrar el cadáver embalsamado de su padre. Es cierto que pueden darle en prenda á sus acreedores, mas con la condicion de sacar cuanto ántes de empeño un objeto tan sagrado; y la misma ley priva de sepultura á los hijos que mueren sin haber cumplido con esta obligacion.

La salida de la aurora suspendió los juegos, las danzas, y la narracion de Tales, quien se despidió de nosotros. Fuíme á buscar á Faon, y nos retirámos satisfechísimos de tan agradable dia.

En efecto, nunca ví escenas mas divertidas ni mas animadas. El río cubierto de barcos, todo el mundo inspirado por la alegría, el baile, la música, aquellas comidas sobre las praderas y en los bosquecillos, aquellos conciertos armoniosos unidos al canto de los pájaros, todos aquellos grupos y aquellos cuadros campestres encantaban la imaginacion, y llenaban al alma de dulces conmociones. Faon hablaba, enagenado, de los placeres de aquella fiesta.

Aquí acababa la primera parte de la memoria. La segunda empezaba asi: ¡ Hijas de Helicon, no me abandonéis, porque quiero immortalizar los crímenes de Faon é interesar la posteridad en mis desventuras! ¡ Cuantas

veces mi mano vaciló y tembló al grabarlo sobre estas tablillas!

Al dia siguiente de la mencionada fiesta, quiso Faon ir á Gonno. Yo no puse atencion alguna en aquel viage, porque no entran fácilmente las sospechas en un alma noble. Pasó el dia siguiente conmigo, pero con aire pensativo y embarazoso. Parecióme que estaba indispuerto, y se lo pregunté; pero me aseguró que no lo estaba. Mi confianza le alentó, y volvió á Gonno. Poco á poco se fuéron haciendo frecuentes las ausencias, y empezáron mis inquietudes. Disimulé, pero observé atentamente sus pasos; y por fin aclaré su embarazo, su tedio, su impaciencia, y los falsos coloridos que daba á sus ausencias; de modo que no pude dudar de su perfidia. Fermentó en mis venas el veneno de los zelos; y queriendo ocultar su actividad, obró con mayor energía. Un dia, por último, no pude menos de reprocharle sus continuados paseos á Gonno. Dióme por disculpa la enfermedad de Meliso, amigo suyo, y me pintó el peligro de su situacion, y cuan melancólico era morir á la flor de su edad. ¡Conozcase la credulidad de los amantes! ¡como gustan de engañarse! ¡ó mas bien conozcase la noble sencillez de mi alma! Creí aquella ficcion, y aun yo misma le exhorté á que le continuara su asistencia, diciendole que las

obligaciones de la amistad eran tan sagradas como las del amor. Una noche, á su vuelta, le ví inquieto y cuidadoso, y le pregunté el motivo. Respondióme que su amigo declinaba visiblemente, y tanto que queria volver á asistirle muy de madrugada, pero que volveria á comer. ¡Ay de mí! aprobé su celo, y él partió al amanecer. No sé que Dios, ó que genio maléfico, me inspiró el irle á esperar al camino. Convidaba el dia á ello, porque las nubes tapaban el sol. Iba yo andando y leyendo á Homero, cuando me encontré con Tales; pero ¡ó sorpresa! le acompañaba Meliso, el cual, en vez de estar moribundo, gozaba la mejor salud. No produce efectos tan rápidos la cabeza de Medusa: encendióseme el color, y de allí á un momento me quedé pálida. Conoció mi turbacion Tales, y creyó que me importunaba su presencia. Repuseme pronto, y le aseguré que, lejos de incomodarme, me daria gusto en venir á comer conmigo, juntamente con su amigo Meliso. Aceptáron, y nos volvimos juntos.

A la hora de comer, salí á recibir á Faon que venia corriendo, jadeando y cubierto de sudor, porque el falso no dejó la ciudad hasta lo mas tarde que pudo. Preguntéle por la salud de Meliso. — Gravisima es su enfermedad, me respondió; pero los médicos dan alguna esperanza. — Sí, Faon, me lisonjeo

de que no morirá, y de que cesarán tus ansias. — Y le añadí con mucho sosiego, que teníamos dos convidados á comer.

### CAPITULO XXXVI.

*Máximas de Tales. Pasages de Solon. Inven-  
cion del vidrio. Sabe Safo el nombre de su  
competidora. Fin de la narracion.*

¡CUANTO fué el pasmo de Faon á la vista de Meliso! no se queda mas muerto el labrador á quien ha fulminado un rayo, y que vuelto en sí vé muertos en tierra á sus bueyes. Yo me gozaba malignamente con su pena; él estaba sin movimiento y sin palabras. Pero, con todo, nos pusimos á la mesa, y yo estuve tan señora de mí misma, que mantuve y animé la conversacion.

Tales nos habló de moral y de filosofía, y citó una máxima odiosa, la que yo impugné con toda mi dialéctica. — Dijo: « Que debíamos vivir con nuestros amigos, como siendo posible que algun dia fuesen nuestros contrarios. » — ¿Que será de la sociedad? exclamé: ¿que lazo unirá á los hombres? Ni habrá confianza, ni habrá union. — Otras muchas citó tambien mas dignas de él, como

estas: « La cosa mas difícil, es conocerse á sí mismo: la mas fácil, aconsejar á otro; y la mas dulce, el cumplimiento de sus deseos. » Y añadía: « Que para vivir bien, era menester abstenerse de las cosas que se tienen por reprehensibles en los otros; que la felicidad del cuerpo consiste en la salud, y la del alma en el saber. » Le pregunté ¿por que no se habia casado? — « Solon, me respondió, fué á visitarme á Mileto, y me preguntó lo mismo; pero callé. Algunos dias despues, aposté un hombre que fingió que llegaba recientemente de Atenas. Solon le pidió noticias de allá; y el hombre, que tenia aprendida su leccion, le dijo: « No hay mas de nuevo que la muerte de un jóven, á cuyo entierro fué toda la ciudad, porque era hijo del hombre mas honrado de Atenas, quien se hallaba ausente á la sazón. — ¡Ay! exclamó Solon: ¿que digno de compasion es ese padre! ¿como se llamaba su hijo? — Se me ha olvidado su nombre, replicó el paisano; y solamente me acuerdo de que celebraban mucho la sabiduría y la justicia del padre. » Cada respuesta aumentaba el terror de aquel padre tierno. « ¿Seria por ventura, volvió á preguntar temblando, el hijo de Solon? — Cabalmente: él mismo es. » — Solon, al oír esto, se desgarró los vestidos, se golpeó el pecho, y se abandonó á un dolor desmedido. Entónces le tomé la

mano, y le dije riendome: «Sosegaos, que todo esto es una ficcion: ved ahí por que no he querido casarme.» — Desaprobé aquella leccion de Tales, porque la filosofia no nos aconseja que nos privemos de las cosas agradables, pues podemos perderlas, sino que nos enseña á sobrellevar su pérdida.

Faon, no obstante, aunque encendido y cortado, se esforzó, para disimular su inquietud, á aventurar algunos monosílabos: con motivo de una copa de cristal que Tales admiraba, le preguntó ¿si sabia como se habia hallado la composicion del vidrio? — «A la casualidad, le respondió Tales, debemos este descubrimiento. Unos comerciantes de nitro, que atravesaban la Fenicia, se detuviéron sobre las orillas del río Belo: quisieron cocer su carne, y pusieron, por falta de piedras para sostener la vasija, unos pedazos de nitro. Aquel nitro mezclado con la arena, y abrasado por el fuego, se derritió, y formó un licor claro y transparente que se cuajó enfriandose (55).

Por desgracia de Faon, cayó el discurso sobre un catarro que entónces reinaba en la ciudad. Yo pregunté con malicia á Meliso ¿si lo habia padecido? — «No, me respondió, nunca he estado enfermo, y me parece que debo esta escepcion á la costumbre que he contraido de vestir ligeramente, y de ar-

rostrar, á semejanza de los Espartanos, las intemperies del aire y las mudanzas de las estaciones (56).» Miré á Faon mientras esto se hablaba; estaba inmóvil; la vergüenza y la humillacion tenian encorvada su frente ácia la tierra. ¿Que vil es la mentira cuando está ya desembozada! Tan confundido y aterrado estaba Faon, que tuve lástima de él. Por ello mudé de conversacion, y hablé de la funcion de Tempe. Meliso elogió las bellezas que la habian heroseado, y preguntó á Faon ¿cual le gustaba mas de las dos, Filonoma ó Teagena? Y Faon respondió con embarazo y cortedad, que si él fuera Paris, se veria indeciso sobre á cual dar la manzana, mas que no obstante Filonoma era de mayor estatura. — *Meliso.* Pero Teagena es mas bien formada, y su talle es mas suelto y mas ligero. — *Faon.* Asi es; pero Filonoma tiene un exterior mas hechicero y un modo mas jovial. — *Meliso.* Yo hallo en la otra mas espresion y sensibilidad en la fisonomia, y mas gracia en su porte. — *Faon.* Puede ser; pero Filonoma alucina á la primera ojeada, porque es la imágen del placer, é inflama la imaginacion. — *Meliso.* Teagena despierta los sentimientos dormidos, y habla al corazon: procede con mas lentitud, pero con mas seguridad. — *Faon.* Filonoma tiene bellos ojos, fogosos y vivaces. — *Meliso.* Los de Teagena

son azules, pero por lo mismo muestran mas dulzura y agasajo. — Paré aquel diálogo que ya me cansaba, y adiviné que mi competidora era Teagena. Lo económico que anduvo Faon en sus elogios, y las alabanzas que dió á Filonoma, todo esto me confirmó en que amaba á Teagena. No me engañé: la larga violencia que padecí me hizo penosísima la comida. Finalmente, como ya el dia declinaba, se despidiéron mis convidados.

Ya quedámos solos. Faon no se atrevia á mirarme. Tenia la cabeza tan inclinada, que le tocaba al pecho. Largo rato estuvimos sin hablarnos una palabra. Por fin, le supliqué que me dijera como habia el Dios de Epidaura obrado tan súbitamente el milagro de sanar á su amigo moribundo. Permaneció mudo con los ojos fijados en tierra. Compadécime de él, y dejando la ironía le reproché la torpeza de sus mentiras, su ingratitude, y su amor á Teagena. — ¡Teagena! exclamó él. — Sí, Teagena: ¡atrevete á negarlo, ingrato! ¿Es este el premio de mis bondades y del amor mas tierno? ¿es esto lo que merecia de tí Safo, la inmortal Safo? ¿Que lastimosas astucias las tuyas! ¿cuanto deben degradarte á tus mismos ojos! ¡Gran triunfo, por cierto, el de engañar á una muger tan escesivamente confiada y generosa, que no pudo bajarse hasta la vileza de sospechar!.... Veamos como

lo desmientes todo. Acusame de injusticia y de error: habla, justificate; acaso podrás todavía engañarme. — Faon cortado, y mas rojo que la púrpura de Tiro, rompió en fin su silencio. Confesó su falta, la atribuyó á la seducción del momento, solicitó su perdón, y prometió no volver mas á ver á Teagena. — ¿Me lo juras? — Te lo juro por Venus y por Apolo; y si me hiciere perjuro, que este Dios me mate con sus saetas, como á la serpiente Piton. — Mientras esto hablaba, estaba de rodillas, jurandome ser fiel. Conociasele tanto amor en los ojos y tanta sensibilidad en la voz, y me era tan dulce el perdonar, que al fin obtuvo su perdón. Pasámos lo que quedaba de aquel dia entre las dulzuras de un desenojo. Cuando íbamos á separarnos, bajaba por el horizonte la estrella de Venus. — « Ya ves, le dije, aquel planeta en que preside la Diosa de Pafos: por testigo lo has tomado de tu fidelidad: tus juramentos ha oido: si los quebrantas, teme su venganza. » Sonrióse al oirme decir esto, y abrazandome tiernamente renovó las protestas de amarme hasta morir. Respondí á ellas con lágrimas y caricias, y me fuí sosegada y dichosa.

Estuve tan agitada con el despecho, con los zelos y con el amor, que no sentí la necesidad del sueño, y me puse á pasear vaga-

mente por el campo. Plateaba la luna la superficie de las aguas, y esparcia por la tierra una claridad tierna y voluptuosa. La noche, coronada de estrellas, paseaba su carro en profundo silencio, y toda la naturaleza reposaba. Mi alma, descargada del peso que la habia oprimido, respiraba y se abria á la consoladora esperanza. Me parecia que estaba circundada de la felicidad y del amor; pero el delito velaba á la inmediacion mia. Apénas una dudosa claridad anunciaba la venida de la aurora, cuando entré en mi cuarto. Puseme á escribir nuestra conversacion con Tales. Despues empecé un himno á Venus. A la voz de las Musas circuló por mis venas un sosiego desconocido, y mi corazon descansó de tantas agitaciones. Asi el labrador, abrumado de fatigas y calores, olvida sus faenas al oír el canto del ruseñor; así descansa de sus trabajos el pastor, tañiendo su zampoña á la sombra de un bosque. En fin, se me cargaron los ojos, y me puse en disposicion de gozar un sueño benéfico y pacífico.

Habia ya el sol andado el tercio de su carrera, cuando desperté. Al instante pregunté por Faon. Respondióme el esclavo que habia salido muy de mañana. Aguardé su vuelta, no sin alguna inquietud. Devoraba el medio-dia la tierra, y aun no parecia. Arrastróme la impaciencia, salí, le busqué, y le llamé;

pero todo lo ocupaba el silencio, y solo el eco se atrevió á repetirme su nombre. Aquella soledad y aquellos desiertos taciturnos me espantaron. Desmelenada, perdida, abrasada con los ardores del sol, y sin aliento, corrí atravesando los campos, subí á las colinas y á las peñas, y visité aquellos asilos secretos y voluptuosos, en que el amor tantas veces me embriagó con sus delicias; pero todos estaban lúgubres y callados. Al cabo, estenuada de fatiga y de sudor, y palpitando de dolor y de miedo, dí la vuelta. ¡Ay! todavía me alucinaba la esperanza de encontrar á mi amante. Entregáronme una carta de parte suya: temblóme la mano, me ericé toda, pero la abrí. ¡Ah perjuro! acusaba á los Dioses de su inconstancia, como si los Dioses fueran los autores del delito. Quedé sin voz, sin color, y sin respiracion. Diéronse prisa á socorrerme. Volví en mí, pero ni derramé una lágrima, ni me era posible. Acabóse el dia. Salí á los bosques, vagué por ellos, y me extravié. El astro de la noche, tan rojo como la sangre, se mostraba ya en los términos de la tierra. Entónces grité: « ¡Hecate, terrible Hecate, comparece, ven á vengar mi injuria! ¡Pero no: oculta tu importuna antorcha, cubrete con los mas sombríos velos!.... Mas ¿que es esto? ¡todos me venden! ¡Con que calma lleva su carro por entre las brillantes



estrellas que la siguen! ¡Que silencio! ¡la naturaleza está insensible!» — Reparé que tenia en mi brazo un bracelete tejido con cabellos de aquel pérfido. Me lo quité, lo des-hice con los dientes, lo pisé, y lo hice mil pedazos. Entre estas agitaciones y entre tormentos infernales, acabó la noche mas larga que jamas hubo. Al apuntar el día, partí para Gonno. Quise todavía ver al traidor, abrumarle con mi indignacion y con mis desprecios, y ¿que sé yo? matarle á puñaladas en los brazos de mi competidora. Llegué á casa de Teagena; pero ya no estaba Faon, porque habia marchado con ella. «¿Adonde van? exclamé: los seguiré hasta el centro del mismo Tenaro.» No pudiéron decirme el camino que habian tomado. Apoderóse de mí una calentura y un tremendo delirio; y no hablé en mi enagenamiento de otra cosa que de venganzas, de traiciones y de puñales. Pero ¡ay! ¿quien lo creerá? para sosegarme, me pronunciaban el nombre de Faon, é inmediatamente recobraba mi rostro su serenidad.

Cuando volví en mi acuerdo, me dijeron que estaba en casa del sofista Zenon, quien compasivo y generoso habia querido transportarme á ella. Dijome que Faon y Teagena se habian ligado con un lazo criminal; que era forzoso apelar á mi filosofia, armarme de constancia, y olvidar á un ingrato. Al oír tal

noticia, volví á los accesos de mi tético furor; grité á los Dioses pidiendo venganza, é invoqué á Nemesis y á las Furias. Pero el sabio Zenon, á imitacion de Pitagoras y de Empedocles, empleó las modulaciones de la música para abatir mi despecho. Me rodeó de músicos hábiles. Observó cuales eran los tonos y la melodía que me penetraban hasta el alma, y los hacia repetir; y ya fuese encanto de la armonía (57), ó beneficio de la naturaleza, mi frenesí se calmó poco á poco, pero di en una negra melancolía. Imploré la justicia de los Dioses, y el castigo de los culpados. Zenon, que era secuaz de la filosofia de Epicuro, me decia: «Que la razon era el único númen que yo debia implorar, porque las divinidades, como seres impasibles, no se mezclaban en nuestros negocios, y mucho menos en nuestros amores.» Este sistema, que nos separa del Ser supremo, y que deja á nuestra flaqueza sin apoyo y sin consuelo, no era á propósito para un corazon afligido, y así me pareció odiosísimo. — «¡Ay! exclamé: ¡dejadme creer que Jupiter, que un Dios omnipotente castigará el vicio y recompensará la virtud! ¿Cuales serian las esperanzas y consuelos del hombre de bien, abatido por los malos, si desviáseis de él los ojos de los Dioses, y si no viese en una vida futura la recompensa de sus trabajos? ¡Ay, Zenon!

creedme : la religion es el vínculo de la sociedad, y el apoyo de la virtud. » — Asi que algun poco de vida hubo animado mis débiles órganos, partí de Gonno, abandoné mi dulce retiro, y me fuí en busca del pérfido. Supe que estaba en Sicilia : volé allá, llegué, y entré en su casa. Estaba solo, y tocando la lira de marfil que yo le dí, y aun cantando atrevidamente *la escolia* que yo le habia enseñado (58). ¡ Cual se quedó al verme ! cayósele de las manos la lira, se demudó, bajó los ojos, y me pareció que se habia transformado en mármol. Y aun yo misma, desatentada y con el corazon dolorosamente oprimido, permanecí algunos instantes sin hablar. En fin, le reprendí con dulzura su ingratitud, su abandono, y los males que me causaba. No me respondió. Pero yo vencida por el cariño (¡ ah que humillacion ! ) me puse á sus piés, y reclamé su ternura, los dias de mi felicidad, mi amante, y mi esposo. Atrevióse entónces á decirme que estaba unido á Teagena con un nudo solemne y sagrado. — « ¡ Que nudo mas sagrado, Faon, que el que me une á tí ! ¡ Ingrato ! ¡ pues no sabes que te ligan á mí la honra, el agradecimiento y el amor ! » — ¡ Ay de mí ! pronunciando estas palabras, vertia yo lágrimas á sus piés ; pero los crímenes habian sofocado en su alma los remordimientos y toda sensibilidad. Tuvo, por último, la

barbaridad de declararme que no podia separarse de Teagena. A estas palabras, me entregué toda al furor, arrojé sobre él una ojeada terrible, y salí resuelta á ir á Leucades, ó para perecer, ó para borrar en mi corazon la memoria de tan odioso monstruo. Dentro de poco, ó yo atravesaré el Cocito, ó mi suplicio acabará.

Asi finalizaba la memoria de la inmortal Safo (59). Debajo habia una oda escrita de su mano, y precedida de estas palabras.

« ¡ Cítara divina, corresponde á mis deseos, espresa bien todos los sentimientos que me agitan ! Caliope, tú misma eres.... »

## ODA.

¡ O tú, que animas la naturaleza,  
Manantial de delicias y de llantos,  
Vengame tú, alma Venus, de un perjurio ;  
Fulmina, toma parte en mis agravios !

¡ Y vosotras, Tisifone y Megera,  
Hórridas furias del Estigio lago,  
Lanzad sobre el traidor que me abandona,  
Vuestras sierpes y espectros irritados !

¡ El buitre roedor de Prometeo  
Devore el corazon de aquel tirano !  
¡ Y su sombra infeliz, entre congojas,  
Canse al Erebo que oiga sus quebrantos !

Pero ¡ ay triste ! ¿ que digo ? ¡ O Cítarea,  
Conservame al amante que idolatro !

¡De un furioso despecho enagenada,  
Maldigo al mismo á quien estoy llorando!

¡Viva siempre dichoso, si es posible,  
Menospreciando así mi amante trato!

¡Y si de su conciencia el grito horrendo  
No amargare sus días desdichados!

¡Que yo, cuya existencia deplorable  
De un invierno sombrío es fiel traslado;  
Yo, que ví que mis grandes esperanzas  
Como ligera sombra se escapáron;

Yo, sola, desgraciada en mis cariños,  
Y en la florida edad del placer grato,  
No tengo mas recurso que la muerte,  
Pues aun los Dioses me han abandonado!

¡Y tú, mi lira, que eres mis amores,  
Tú, compañera de mis ocios blandos,  
Descansa en paz! ¡Mi triste musa espira!  
¡Recibe ya mis últimos abrazos!

¡Muramos, habitemos el Averno!  
¡Mi espíritu huya del comercio humano!  
La imágen de Faon irá conmigo;  
Y hablaré con las sombras de este ingrato.

Acabada la lectura, subimos al sepulcro de aquella desventurada, echámos en él algunas flores, é hicimos libaciones; luego dirigimos oraciones á su sombra, y la recomendamos á los Dioses Manes. Supimos despues que los de Mitilene, compatriotas suyos, habian decretado que se grabara su retrato so-

bre las monedas. Despedímonos de los dos Sicionenses, los cuales se volviéron á su patria curados de su pasion, y especialmente de la gana de dar el salto de Leucades.

### CAPITULO XXXVII.

*Proyecto de viage de los dos amigos. Su morada en casa de un filósofo escéptico.*

PROPUSE á Fanor que me acompañara á Delfos para consultar al oráculo, y desde allí irnos á Laconia, á efecto de ver la celebrada competidora de Atenas, aquella soberbia Esparta, cuyas costumbres y valentía eran la admiracion del universo. Gustóle infinito la proposicion, y empezó á aficionarseme; y ademas él tenia la misma curiosidad que yo sobre sus destinos futuros, y esperaba que la Pitia le abriese el libro de lo venidero.

Partimos para Calcis, y pasámos el río Aqueloo, que es tan famoso por su pelea con Hercules, á quien quiso quitar á Dejanira. Aqueloo, para huir de su ruina, se transformó en serpiente y en toro; pero Alcides, tres veces victorioso, le arrancó un cuerno, y le precisó á ocultarse en lo profundo de las aguas. Aqueloo, por recobrar su cuerno, le cedió el de Amaltea, ó el cuerno de la abundancia.